

Leonardo da Vinci

(El artista que escribía al revés)

Eliacer Cansino



ANAYA

1.ª edición: febrero 2019

© Del texto: Eliacer Cansino, 2019
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© Album; Album / The National Gallery, London /
akg; Alinari / Cordon Press; Martin, J. /
Anaya; 123RF (bennymarty; Karel Miragaya)

Ilustración de cubierta: Helena Pérez García

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-4835-7
Depósito legal: M-37533-2018
Impreso en España - Printed in Spain



Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Leonardo da Vinci

(El artista que escribía al revés)

Eliacer Cansino

ANAYA

Índice

I. Nacimiento	9
II. Infancia	14
III. La salida del paraíso	19
IV. Florencia	24
V. El taller de Verrocchio	30
VI. El tamburo	43
VII. Milán: las fiestas, la ingeniería militar, el vuelo de las aves.	52
VIII. <i>La Virgen de las rocas</i>	67
IX. <i>La dama del armiño</i>	74
X. <i>El Hombre de Vitrubio</i>	85
XI. <i>La última cena</i>	94
XII. César Borgia	103
XIII. <i>La Mona Lisa</i>	110
XIV. Los estudios de anatomía	122
XV. Amboise	131

I

Nacimiento

Toda la noche se oyeron los ladridos de los perros. Parecía que algo fuera a ocurrir. Por fin, se escuchó el llanto de un niño. Un campesino corpulento montó a caballo y recorrió la corta distancia que separaba la aldea de Anchiano del pueblo de Vinci. Atravesó las calles y llegó al lugar donde estaba la casa de Antonio da Vinci. Golpeó la puerta sin prudencia. En las ventanas de la parte alta de la casa, se vio descorrer algún visillo. No tardó en vislumbrarse una luz en el interior. Por fin abrieron la puerta. Era el mismo Ser Antonio, quien portaba el candil en la mano.

—¿Qué ocurre?

—Ya ha nacido, señor.

—Está bien. Que vayan preparando la carroza. Salimos de inmediato.

Ser Antonio volvió a entrar en la casa y avisó a su mujer. Algunos de los criados ya estaban de pie, esperando cualquier orden. También hizo llamar a su hijo Francesco, un jovenzuelo de quince años, y le dijo que

se diese prisa. Al poco, estaban los tres en la puerta. La carroza paró ante ellos y subieron. El mensajero que les había avisado ya se hallaba en el pescante junto al cochero. Emprendieron el camino.

La noche no era excesivamente luminosa. Un cúmulo de nubes en torno a la luna impedía que la luz blanca del astro iluminase el camino. Pero no había ninguna dificultad en recorrer aquellos senderos. Incluso los caballos, a veces, solían hacer solos el trayecto que iba de un lugar a otro.

La aldea estaba a oscuras, pero en la casa se veía un fuerte haz de luz, como si hubiesen redoblado las teas habituales. Los perros salieron al paso del carromato e intensificaron sus ladridos. Solo cuando el hombre corpulento descendió del pescante y los animales se cercioraron de que era su propio dueño, cesaron en su algarabía.

En la puerta de la casa, una mujer con un pañuelo blanco que le cubría la cabeza, acalorada y algo nerviosa, les esperaba.

—Todo ha ido bien, señor. Es un niño.

—¡Bendito sea Dios!

El anciano se dirigió apresurado a la estancia. Y aunque no era habitual en él, tratándose de criados, sintió pudor de hollar la habitación de la parturienta y pidió permiso para entrar. Francesco, el muchacho que le acompañaba, también pasó tras él, con más curiosidad aún que su padre, pues era la primera vez que veía a un recién nacido.

Al fondo, en la cama, con la cara vuelta hacia el niño que acogía en sus brazos, se hallaba Caterina, una muchacha, a la sazón, de dieciséis años, madre del recién nacido y que, dada su pobreza, había sido recogida durante el embarazo en aquella casucha propiedad de Piero di Malvoto, amigo de los Vinci.

La muchacha no sabía qué decir ante la impresionante figura del anciano. Tampoco este sabía cómo debía comportarse. No dijo nada, ni siquiera le dirigió la palabra. Solo extendió los brazos y Caterina le entregó al niño. Ser Antonio lo miró con detenimiento y emoción. Con seguridad, de haber sido su nieto legítimo, habría esbozado una amplia sonrisa y hubiese dicho las palabras que por tradición decían siempre en su familia: «Bienvenido a la familia, seguimos caminando hacia el futuro». No las dijo en alto, pero las pronunció por dentro.

—Acércate, Francesco —se dirigió al joven—. Tómallo. Es tu sobrino.

Y, mirando a la madre como si sintiese una obligación que nacía de la naturaleza y no de las convenciones, como si a pesar de la diferencia de clase que les separaba ella tuviese derecho a saberlo la primera, le dijo:

—Se llamará Leonardo. Le bautizaremos mañana. Tú permanecerás aquí, al cuidado del ama. Al día siguiente, te lo traeremos y lo criarás hasta la edad de cinco años. Durante ese tiempo no debes preocuparte por nada. Nosotros nos haremos cargo de todo. Después vendrá a vivir a nuestra casa.

Al oír aquellas palabras, Caterina tuvo una doble y contradictoria sensación: por un lado, la alegría de saber que su hijo era bien acogido en la familia de su padre, lo que redundaría en su educación y en su futura posición social y, por otro, la tristeza de saber que solo estaría a su lado cinco años. Ese era el tiempo que pasaría junto a ella, el tiempo en que sus manos podrían acariciar su rostro, el tiempo en que le vería crecer, dormir sosegadamente junto a su pecho o dar sus primeros pasos. Después tendría que dejar de verlo. Así eran las cosas, y era lo mejor que podía ocurrirle al niño. Deseó preguntar por Piero, el padre del recién nacido, pero no se atrevió. Probablemente estaría en Florencia y ni siquiera conocería aún la noticia del nacimiento de su hijo.

Cuando salieron los hombres, Lucía, la abuela del niño, aún permaneció en el interior de la alcoba, hablando con la muchacha. Quizá el sentido de su propia maternidad le permitió algunas palabras de ternura más allá de lo protocolario. Pasó su mano por la frente de la parturienta y advirtió que no tenía fiebre. Le pareció una niña.

—Ahora debes descansar. Y cuando tengas fuerza suficiente ponte al niño en el pecho. Cuanto antes le des de mamar, mejor.

Por primera vez, Caterina dio rienda suelta a su emoción y se echó a llorar.

No era fácil entender la profunda alegría que sintieron los abuelos ante el nacimiento de aquel niño. A pesar del

baldón que su ilegitimidad suponía, la presencia del niño les llenó de satisfacción. Desde el principio decidieron que lo llevarían a su casa y lo educarían como a un hijo. Solo los primeros años permanecería con su madre, pero en cuanto saliera de su primera crianza viviría en la casa familiar.

Así pues, con esa clara intención, lo bautizaron en la parroquia de Vinci, en una celebración que contó con padrinos, testigos y decenas de invitados que festejaron el nacimiento del niño. Ciertamente que, a dicha celebración, no asistieron ni Caterina, su madre, ni Piero, su padre. Ella, porque era impensable por su clase social que formara parte de la familia, y él, porque precisamente en esos mismos días preparaba su matrimonio con Albiera, la hija de un rico notario florentino, y no parecía prudente verle celebrar aquel festejo.

Pocos días después, Antonio da Vinci, abuelo del recién nacido, escribió en el cuaderno familiar donde anotaba nacimientos y defunciones:

«Año de 1452, me ha nacido un nieto, hijo de Ser Piero, hijo mío, el 15 de abril, sábado, a la tercera hora de la noche. Le pusimos de nombre Leonardo»¹.

¹ Los textos que aparecen entrecomillados pertenecen al propio Leonardo o al personaje que en cada caso lo enuncia.

Leonardo da Vinci, ya desde niño, destacaba por su enorme curiosidad y su gran habilidad para el dibujo y la pintura. Nació en Vinci pero pronto fue a vivir a Florencia, donde ingresó en el taller de Andrea del Verrocchio.

Fue un artista inigualable y hablaba de cosas de las que nadie antes había hablado. Tenía la capacidad de soñar y de querer llevar a cabo sus sueños, como, por ejemplo, intentar volar. Deseaba crear bajo las leyes de la ciencia, pero sin que estas ocultaran la emoción. Todo esto quedó reflejado en sus múltiples cuadernos, en los que fue anotando impresiones, ideas y dibujos. Antes de morir, se los dejó en custodia a su discípulo Francesco Melzi. Pero no fue hasta bien avanzado el siglo XIX cuando fueron realmente conocidos.



ANAYA

www.anayaainfantiljuvenil.com

ISBN 978-84-698-4835-7



9 788469 848357

1562536